

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Lic. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezal
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Justicia, sociedad civil y voluntariado
<i>Carlos Hoevel</i>	5	Las formas sociales del Tú
<i>Eduardo Yvorra</i>	24	Voluntariado en Caritas
<i>Mercedes Puló de Ortiz</i>	31	Un emprendimiento comunitario en los Valles Calchaquies
<i>Juan Padilla</i>	39	El crédito a la microempresa
<i>Alejandra Marsilli</i>	44	Fundación Sagrada Familia (vivienda)
<i>Francisco Bastitta</i>	56	Los Grupos Misioneros
<i>Luis María Coviella</i>	61	Movimiento CREA
<i>V. Bradley Lewis</i>	73	Ciencias Sociales en MacIntyre
<i>Alberto Espezal</i>	89	Lectura de Rahner y Balthasar

Las formas sociales del Tú

Carlos Hoevel

I. Introducción

El mundo y dentro de él, la Argentina, se encuentra en una encrucijada clave en relación al modo en que va a organizar su vida social en el futuro. Parecería que todas las formas de organización social conocidas están desde hace tiempo en un proceso impresionante de crisis y transformación: los gobiernos y estados nacionales, las empresas, los partidos políticos, los sindicatos, las universidades, la Iglesia. El cuestionamiento provendría de un hecho simple: estas formas de relacionarnos socialmente fueron instituidas para servir de lugar de encuentro entre las personas, de espacio para el don mutuo, de medio para la potenciación recíproca de los talentos individuales y, en la realidad, se han vuelto demasiadas veces estructuras autistas, succionadoras de esfuerzos, de entusiasmo y de vida, organismos enfermos devoradores de sus propios miembros. En otras palabras, hoy sentimos que, a pesar de la tremenda estructura que exhiben nuestras formas de organización social, éstas no se interesan por los millones de seres humanos concretos, de carne y hueso, que a diario ven frustradas sus necesidades desde las más elementales a las más elevadas. ¿Cómo ha sido posible que ocurriera tal cosa? ¿Cómo llegamos a esta situación en que nuestras instituciones sociales se han convertido en gran medida en nuestras enemigas al punto que criticarlas y atacarlas es visto entre nosotros como una acción casi digna de elogio? ¿Es posible superar esta situación? El objetivo de este artículo es aproximarse a entender algunas de las posibles causas de

este problema e indagar acerca de las posibilidades de formas de vida nueva -renacimiento de la sociedad civil, creciente importancia de las asociaciones- que parecen asomarse entre las brumas de nuestro pesado clima social y que quizás puedan servir como respuesta para los que hoy nos sentimos abrumados.

II. Reflexiones en torno al diagnóstico de Martin Buber

1. Tú eres Todo

Después de la Primera Guerra Mundial, esa masacre inaugural e inesperada del siglo XX, el filósofo judío Martin Buber publicaba “Yo y Tú”, un opúsculo breve, con un título simple, pero cargado a mi juicio de la intensidad espiritual suficiente para convertirse en uno de los mensajes más significativos de nuestro tiempo. En sus páginas contundentes y líricas a la vez, Buber distingue dos modos de relación social o de relación con el otro. Uno sería el tratar al otro como objeto, como cosa entre cosas, como el punto de más o de menos de una estadística. En cambio, un modo radicalmente diferente de relación sería tratar al otro como persona, lo cual implica desgarrar el entretejido de acero que forman las curvas de los grandes números, de los organigramas laborales, de los planes de gobierno y de negocios, de las etiquetas consagradas socialmente y encontrarse con un *Tú*. El *Tú* –dice Buber- es irreductible a toda comparación, inclasificable; no es cosa entre cosas sino sujeto, idéntico sólo a sí mismo. La relación Yo-Tú es la única adecuada para el Tú; de otro modo es imposible acceder a él. ¿Qué experimento cuando me encuentro con el otro como Tú? Buber es contundente en esto: *alguien es un Tú para mí cuando lo trato en algún momento como un Todo, como si nada más existiera en el mundo*. El hombre tratado como objeto, como materia de clasificación, se reduce a ser una pieza, una parte de un Todo formado por otros miles o millones de peque-

ñas partes; todas estas partes son intercambiables, son medios que no interesan más que en función del Todo del que se trate. En cambio, cuando me encuentro con un ser humano como un Tú, cuando me pongo delante de una persona como un *alguien presente*, estoy frente a frente con él, en una relación inmediata y reservándole mi atención exclusiva. Estos momentos son escasos –nos dice Buber–; luego la trama, el entretejido de relaciones cosificantes, vuelve a cerrarse. Sin embargo, de allí brota lo más importante, lo esencial, sin lo cual toda la vida social, aún en sus formas más complejas, se seca y muere. En efecto, la relación Yo-Tú es el centro de la vida de la comunidad, de la vida social, económica y política. En ella se registra una paradoja difícil de aceptar para el hombre moderno: la de que en la dedicación a lo personal, a lo exclusivo, brote lo universal, lo común, en definitiva, lo social. El hombre moderno se siente a gusto organizando, ubicando a las personas como objetos, todas ordenadas sirviendo a un fin afuera de ellas. Cuando dedica su tiempo a una persona siente que pierde el tiempo, que se olvida del Todo. Para Buber es cierto precisamente lo inverso. La vida social se amplía, fluye, se fortalece, se hace más abundante, no cuando se ordena a los hombres en función de un Todo que está afuera de ellas –como hacemos con las cosas – sino cuando hay muchos seres humanos para los cuales cada Tú es el Todo.

2. La crisis del Tú en la vida social

Si recorremos la historia, encontramos una tendencia incesante a la “organización” de los seres humanos, a su “administración” como objetos y no necesariamente a su relación como «tus». En realidad, siempre que un ser humano trata a otro como inferior, como extraño o como enemigo, lo reduce de persona a cosa, de sujeto a objeto y por tanto ya no establece con él una relación que pueda verdaderamente llamarse “social”, dado que lo social sólo existe cuando se da un encuentro de los seres humanos en el que éstos se reconocen y

se tratan mutuamente como personas, como “socios” con quienes se comparte la misma condición de seres humanos. De este modo, la llamada historia “social” no ha sido siempre tal. Si uno la estudia con discernimiento, se trata en realidad de una trama en la que se combinan verdaderas relaciones sociales con modos de tratar al ser humano que a veces son lo contrario a la misma esencia de lo social. La Antigüedad, por ejemplo, conoció formas de organización social auténticas y ricas, como la vida de la polis, pero también incluyó formas de organización en las que los seres humanos no eran tratados como personas, sujetos de derechos, sino como cosas, objetos de manipulación. La esclavitud es el ejemplo más flagrante de esta clase de organización a la que nadie podría llamar “social”. Del mismo modo, desde la era cristiana surgieron formas de organización social sublimes hasta entonces desconocidas como las comunidades que fundaron los cristianos en las que no sólo se trataba a los demás como «socios» sino como hermanos. Sin dudas, el Mensaje de Cristo, al poner al amor entre hermanos como su esencia, lleva a su plenitud la naturaleza misma de lo social. Sin embargo, esto no impidió que durante los siglos llamados cristianos estas formas de amor social coexistieran con las peores formas de manipulación y de cosificación del ser humano aún dentro de la misma Iglesia. En la época moderna hay una continuidad y una acentuación radical de estas dos tendencias. En ella hemos conocido las formas más sofisticadas de organizar a los hombres pero a la vez corremos el peligro -tal como insinúa el mismo Buber- de perder la esencia misma de lo social.

En efecto, la era moderna transformó radicalmente la vida social, especialmente a través de dos agentes: la política y la economía. Si bien éstos siempre habían existido, la forma que tomaron en la época moderna fue completamente distinta. La política y la economía modernas propiciaron en gran medida considerar a los hombres por lo que tienen de comparable, de clasificable, de ordenable en series y categorías. Así nació el “citoyen”, el “burgués”, el “proletario”, el “contribuyente”, el “hombre medio”, el “consumidor”, todas formas de estereotipar al ser humano a los fines de compren-

der, predecir y controlar su funcionamiento social. Así también surgió la ordenación «racional» del gobierno, del partido, de la fábrica, del sindicato que también se terminó extendiendo al ejército, a la escuela, al hospital, y aún a las formas de vida comunitaria que antes habían desconocido completamente este tipo de organización, como el barrio, la parroquia y la misma familia. Pero, ¿habría sido posible este fabuloso espectáculo de los grandes sistemas modernos de gobierno, de producción, de consumo, de producción científica y tecnológica, de salud, de educación y hasta de organización religiosa sin este grado de cosificación del hombre tal como se practicó? Tal como afirma Buber, haciéndose eco de los argumentos que siempre repiten los que sostienen que una buena organización económica o política tiene un costo personal inevitable,: «¿cabe imaginar que las dos partes de esta vida-la económica y la política- en su extensión actual y en su actual estructura desarrollada puedan estar basadas de otra manera que sobre la renuncia a toda relación *inmediata*, es decir sobre el rechazo categórico, inflexible y resuelto de toda instancia «extraña» que no hubiera nacido de su propio terreno? (. . .) Más aún, ¿la grandeza productiva del estadista dirigente y del economista dirigente, no reside en que ellos encaran a los hombres con los cuales tratan, no como a los portadores del Tú inaccesible a la experiencia, sino como núcleos de realizaciones y de tendencias que se trata de evaluar y de utilizar según sus capacidades particulares? ¿Su mundo no se les derrumbaría sobre la cabeza si en vez de sumar El más El más El ensayaran hacer la suma de Tú más Tú más Tú, que no da jamás otra cosa que Tú? «Quienes así defendieran la necesidad de la cosificación humana concluirían -según Buber- que una vuelta a una base personal de la vida social sería imposible ya que «sería absurdo querer retroceder, y si el absurdo se produjera, se destruiría el enorme y preciso aparato de nuestra civilización. . .»¹

Sin embargo, a pesar de su aparente consistencia, estos argumentos hoy ya no resultan convincentes. Las “virtudes” de este

¹ Buber, Martin, *Yo y tú*, Ed. Nueva Visión, 1994, Bs. As. p.39.

“preciso aparato de civilización” -manejado por “nadie”- han quedado demostradas para siempre por los horrores de la explotación económica, de las guerras de aniquilación, de los campos de exterminio, de la destrucción de la vida comunitaria y familiar que presencié el siglo XX. Tal como afirmaba Buber, aún sin haber llegado a conocer lo peor : “tu discurso llega demasiado tarde. Hasta hace poco tiempo podías creer en él. Ahora ya no puedes. Pues acabas de reconocer como yo que el Estado ya no es conducido: los foguistas aún apilan el carbón, pero los jefes solamente en apariencia dirigen las máquinas en loca carrera. Y en este instante en que hablas, puedes oír, como yo, que la maquinaria de la vida económica se pone a zumbear de manera insólita; los contramaestres te sonríen con aire de superioridad, pero tienen la muerte en el corazón.”²

La tan anhelada caída del marxismo y de otras formas de intromisión del Estado significó en gran medida la esperanza de comenzar a recuperar la vida auténticamente social. Pero no hay que olvidar que aún sobrevive el capitalismo liberal. En efecto, la actual economía de mercado, tal como está planteada, propicia la extensión de las relaciones de intercambio cada vez más “puras” con cada vez menos influencia del factor personal. Ya sea en los mercados financieros anónimos sin ninguna regulación, los mercados laborales salvajes o los grandes hipermercados, existe la tendencia a despersonalizar y deshumanizar las relaciones entre los seres humanos y por tanto a convertir a éstos en objetos de manipulación. Ésta última sigue existiendo aunque no sea ejercida desde el Estado sino que tome la forma aparentemente más “flexible” o más “espontánea” de esa entidad abstracta y anónima que llamamos mercado. En efecto, siguiendo el diagnóstico lúcido y casi profético de Buber, la manipulación y cosificación del hombre va más allá del Estado o del mercado. Su origen está en el constante avance de un tipo de relaciones en las que los hombres se tratan como a objetos de utilización y en el permanente retroceso de las formas sociales más huma-

² Ibid.

nas, más allá de los medios que se utilicen. “Poco importa -nos dice Buber- que el Estado reglamente la economía o que la economía mande al Estado. . .La economía, que es el dominio de la voluntad de utilizar, y la política que es el dominio de la voluntad de dominar, participan de la vida en tanto participan del espíritu. Si reniegan del espíritu, reniegan de la vida. . .No se lleva allí el remedio con introducir en el proceso cierta dosis de espontaneidad; el hacer flexible la economía organizada o el Estado organizador no compensa el hecho de que ellos han dejado de estar bajo la dependencia del espíritu que dice Tú. . .”³

3. Recuperar el Tú

En mi opinión, el diagnóstico de Buber tiene una tremenda actualidad. En una época en la que todas las recetas de formas de organización social parecen agotadas, cuando es cada vez más evidente que la salida no está en elaborar “mejores sistemas” y ni la misma caída de los peores totalitarismos ha conseguido reanimarnos, creo que estas palabras de Buber constituyen el mejor y casi único programa posible para nuestro tiempo: “Lo que más importa es si el espíritu que dice Tú y que responde, permanece viviente y real, si los vestigios del espíritu, dispersos en la vida colectiva de los hombres permanecen subordinados al Estado y a la economía o son independientes efectivos y si lo que aún persiste del espíritu en la vida personal del hombre se incorpora a la vida colectiva. Esto es lo decisivo.” Ahora bien, considerando que aún creamos que existan estos “vestigios del espíritu dispersos en la vida colectiva de los hombres”, “independientes y efectivos” y resistentes aún a la manipulación del Estado o del mercado, ¿cómo lograr realizar la propuesta de Buber de “incorporarlos a la vida colectiva”? En otras palabras, ¿cómo hacer para recuperar el Tú en el núcleo mismo de la vida social? Lo que sigue es un intento de aproximación a una respuesta.

³ Op. cit. p. 41.

III. Las asociaciones ¿formas sociales del Tú?

1. El intrépido y entusiasta Alexis de Tocqueville

Nuestra época es una época cansada, agobiada por una herencia pesada que sentimos como insuperable. Los problemas son tan complicados que nos parece imposible volver a lo esencial, a lo sencillo, a lo que haría que nuestras vidas se volvieran más humanas. Quizás fuera una sensación parecida la que experimentaba el joven Alexis de Tocqueville cuando en 1831, a la edad de 26 años, se embarcaba rumbo a los Estados Unidos para realizar un intrépido “viaje de estudios” -sobre todo si consideramos los precarios medios de transporte de la época- con el fin de conocer las reformas del sistema penitenciario en distintos puntos del territorio norteamericano. Seguramente se sentía abrumado cuando partió de Francia, un país agotado por una larga y sangrienta historia de guerras, absolutismo, revolución, desigualdad y opresión social. No obstante, al leer su inigualable “La democracia en América” que escribió al volver, uno experimenta un reconfortante soplo de aire fresco que surge de muchas de sus páginas. Pero, ¿qué vió Tocqueville en los Estados Unidos de aquella época para que le renovaran de tal modo su presumiblemente alicaído espíritu? Los dos tomos de la obra de Tocqueville están muy lejos de ser un panegírico de la sociedad norteamericana. Por el contrario, el escritor francés es uno de los más profundos y proféticos críticos de los defectos sociales de esa nación. No obstante, y a pesar de todas sus críticas, Tocqueville transmite en su libro lo que para él es la virtud principal de los norteamericanos de aquel tiempo: el haber renovado y hecho más sencillas las enquistadas y complicadas estructuras de la vieja sociedad europea y haber vuelto a formas de vida social más espontáneas, más directas y, en definitiva, más humanas. Los norteamericanos -dice Tocqueville- al no haber estado organizados bajo la estructura de los grandes Estados o de las grandes instituciones eclesiásticas o aristocráticas propias de Europa, debieron volver a organizarse de modo

más simple y directo. Dado que desde el origen mismo de su país no se acostumbraron a esperar un mediador para relacionarse con los demás, se dispusieron a realizar esta unión directamente. Este es el origen de las llamadas “asociaciones” o formas de unión surgidas por el encuentro espontáneo entre personas individuales movidas por una misma idea o por un mismo ideal, más allá de la estructura del Estado o de una organización social similar:

“Los americanos de todas las edades -nos dice Tocqueville-, de todas las mentalidades, se unen constantemente. No sólo tienen asociaciones comerciales e industriales de las que todos forman parte, sino de otras mil clases: religiosas, morales, serias, fútiles, muy generales y muy particulares, inmensas y pequeñísimas. Los norteamericanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, construir albergues, edificar iglesias, distribuir libros, enviar misiones a las antípodas; de esta manera crean hospitales, prisiones y escuelas. . . Si en Francia veis al gobierno y en Inglaterra a un gran señor a la cabeza de las nuevas empresas, contad con que en los Estados Unidos hallaréis una asociación.”⁴

Las asociaciones son pues para Tocqueville la forma en que los hombres se organizan para poder satisfacer las necesidades que las organizaciones sociales más complejas tienden a pasar de largo:

“¿qué poder político podría llevar a cabo las innumerables pequeñas empresas que los ciudadanos americanos ejecutan a diario con ayuda de las asociaciones?”⁵

Por lo demás, Tocqueville veía que las formas tradicionales de unión de raíz medieval en las que las comunidades locales y familiares satisfacían las necesidades más personales se estaban extinguiendo para dar paso a los grandes sistemas políticos y económicos impersonales propios de las democracias modernas. Entonces ¿no era necesario, en lugar de intentar restaurar la antigua sociedad, encon-

⁴ De Tocqueville, Alexis, *La democracia en América*, Tomo 2, Alianza, Madrid, 1989, p.96.

⁵ Op. cit., p. 106

trar nuevas formas de unión social como reemplazo de las antiguas formas tradicionales? Tocqueville cree que precisamente serán las asociaciones las nuevas formas de unión en las que los hombres podrán volver a encontrarse de nuevo como personas:

“Los sentimientos y las ideas no se renuevan, el corazón no se engrandece, ni el espíritu humano se desarrolla, sino por la acción recíproca de unos hombres sobre otros. He demostrado que esta acción es casi nula en los países democráticos; por lo tanto, es preciso originarla artificialmente. Y esto sólo las asociaciones pueden lograrlo. . . En ellas es donde grandes grupos de hombres se ven unos a otros, se hablan, se escuchan y se dan ideas comunes para toda clase de empresas. . . En los pueblos democráticos, la ciencia de la asociación es la fundamental; el progreso de todas las demás depende del suyo.”

2. Las asociaciones hoy

Volviendo a la pregunta que nos hacíamos arriba sobre las posibilidades en nuestra época de formas sociales más humanas, creo que Tocqueville y, sobre todo, el gran movimiento asociativo que se viene desarrollando no sólo en Estados Unidos sino en el mundo entero desde aquella época hasta hoy, nos dan una respuesta. Hablamos en definitiva de la gran lucha por el florecimiento de la sociedad civil que en sus orígenes enfrentó enemigos como el feudalismo, el clericalismo o el absolutismo monárquico y que modernamente enfrenta las tiranías del estado, de las grandes empresas y, últimamente, de los mercados anónimos y despersonalizados. Esta lucha es todo lo contrario a una lucha ideológica que intenta reemplazar un absolutismo por otro. Se trata, en cambio, de un movimiento lento pero constante, que no trata de levantar un nuevo sistema sino abrir nuevas posibilidades de redescubrir y recuperar día a día otro nuevo rostro de una persona. En mi opinión, las asociaciones formadas por la sociedad civil pueden constituirse, parafraseando a Buber, en ver-

daderas “formas sociales del tú.” ¿O acaso creemos que el Estado o el mercado recuperará los rostros de los pobres, de los enfermos, de los ignorantes, de los deprimidos, de los solitarios? Quizás a esta altura sean las asociaciones nuestra única posibilidad de encontrarnos como “tús”, en nuestra calidad de personas y con ello volver a hacer la vida más humana.

A mi criterio las asociaciones -y no entiendo este concepto en su estricto sentido legal sino en el sentido más amplio posible donde entraría toda la riqueza de los grupos sociales intermedios desde las comunidades familiares, barriales, de ayuda social y solidaria, voluntariado, asociaciones cívicas, de fomento, religiosas, educativas, ecológicas, fundaciones, etc.- tienen las características para convertirse en núcleos de una vida social más auténtica y desde allí irradiar al resto de las organizaciones sociales. En efecto, las organizaciones del Estado y las grandes corporaciones económicas suelen caracterizarse por tener fines tan amplios y ambiciosos, y estructuras tan grandes y/o de tan larga historia, que tendemos a concebirlas como sistemas autónomos cuyo único objetivo es el logro de una pura acumulación de mayor poder político o económico por sí mismos. Así, cuando participamos en las organizaciones estatales o económicas, nos sentimos generalmente tan alejados de los fines últimos que estas estructuras persiguen y, en definitiva, de las personas reales de carne y hueso a las cuales estas estructuras deberían servir, que tendemos a movernos dentro de ellas buscando solamente nuestro propio beneficio. Las asociaciones, en cambio, se basan exclusivamente en la voluntad libre de sus miembros, movida por la inmediatez y palpabilidad de los fines –como ayudar a un hospital específico al que hemos visitado o becar a estudiantes que conocemos– y no obstaculizada por grandes estructuras organizativas. Este es su rasgo central. En aquellas asociaciones formadas por voluntarios se ve claramente esto, ya que es la decisión –y, en definitiva, la entrega generosa– constantemente reactualizada de éstos, la que pone a la asociación cada día literalmente de nuevo en la existencia. Parecería entonces que por esto las asociaciones se parecen mucho al tipo de sociedad

más natural y primigenio basada en el encuentro espontáneo, libre y directo en que nos unimos al reconocernos como personas necesitadas unas de otras. De este modo, las asociaciones tienen a mi juicio un papel central en la revitalización de la vida social tan deshumanizada, egoísta y cruel de nuestro tiempo. Creo que mucho de su resurgimiento contemporáneo se parece al gesto espontáneo de confraternidad humana, que surge en muchas personas en medio de una catástrofe, un naufragio o una guerra, cuando se dejan de lado las mezquindades de los tiempos normales, y se reconoce que, en definitiva, todos necesitamos unírnos a otros como personas. Las asociaciones pueden ser esta opción para el don libre y personal, más allá de la lógica del poder y del dinero de la política y la economía contemporáneas.

3. Los grandes riesgos

La proliferación del asociacionismo civil, a pesar de todas sus virtudes potenciales, no está exento, como todo, de ser objeto de tergiversaciones que pongan en serio riesgo su verdadero sentido. Y creo que lo peor que podría ocurrir con las asociaciones, es que se destruya su misma esencia que es la de ser, como decíamos más arriba, ámbitos de don libre entre personas. Esto puede ocurrir de muchas formas, pero voy a intentar resumir los que a mi criterio constituyen los riesgos fundamentales.

En primer lugar, un riesgo es el de convertir a las asociaciones en una suerte de prótesis del Estado. En efecto, por un lado creo que ya es visible la tendencia a que el Estado destine recursos económicos y organizativos para apoyar distintas formas de asociacionismo. Evidentemente el financiamiento estatal es fundamental para muchas asociaciones. Sin este apoyo muchas de sus obras serían difíciles de sostener. Sin embargo, este apoyo es bueno en la medida en que no termine siendo una carga para las asociaciones y el comienzo de su tergiversación como tales. Considero que esto es hoy un riesgo real si tomamos en cuenta las grandes transformacio-

nes que viene experimentando el mundo en su configuración político-económica que resultaron, como todo el mundo sabe, en un debilitamiento del poder del Estado. Esto llevó a éste último a dismantelar gran parte de sus sistemas asistenciales para bajar los déficits. El riesgo está, por tanto, en que el Estado intente hacer caer la responsabilidad que le compete a él mismo sobre las asociaciones, de modo que éstas provean de un modo más barato y eficaz los servicios que antes proveía el mismo Estado. Esto traería a mi juicio consecuencias negativas tanto para las asociaciones como para el Estado. En relación a las primeras creo que les generaría un grado de presión que no les corresponde asumir, con el consiguiente sobredimensionamiento de su estructura, el surgimiento de mayores y más complejos problemas de financiamiento y una mayor burocratización, entre otros problemas. Para el Estado, por su parte, significaría nada menos que la renuncia lisa y llana a las obligaciones que surgen de la justicia distributiva y que sólo a él le competen. El principio en juego es que las asociaciones no tienen por qué hacerse cargo de la obligación de administrar la justicia social de una nación –función que corresponde al Estado- sino el de realizar acciones justas o solidarias dirigidas a fines particulares.

El segundo peligro que yo veo, y que viene aparejado con las transformaciones económicas a las que aludíamos más arriba, es el de la instrumentalización de las asociaciones por parte de las empresas. Dada la tremenda flexibilización de los mercados y el consiguiente endurecimiento de la competencia, las empresas tienden a buscar toda clase de recursos para bajar sus costos o conquistar nuevos mercados. Uno de ellos puede ser hoy el apoyo a las asociaciones de la sociedad civil. En efecto, por un lado muchas actividades que la empresa requiere, pueden ser realizadas de modo más económico mediante la financiación a asociaciones, por ejemplo, la capacitación realizada fuera de la empresa en entidades educativas esponsorizadas por la misma empresa. Otra tendencia es a convertir la financiación de las asociaciones en sí misma en un instrumento de marketing, por el que se hace publicidad de un modo mucho más barato y efectivo

que con costosas campañas audiovisuales. Si bien la financiación por parte de las empresas no es necesariamente negativa para las asociaciones, su proliferación indiscriminada conlleva el riesgo de convertirlas en apéndices publicitarios de una marca y de trasladar indebidamente a ellas criterios del modo de brindar los servicios o de organizar al personal propios de las empresas comerciales. Considero que gran parte del entusiasmo actual por la llamada "sociedad civil" o "tercer sector" no proviene de un genuino interés por los objetivos del asociacionismo sino por su lenta pero progresiva instrumentalización por parte de intereses puramente económicos.

En una palabra, creo que la virtud específica de las asociaciones está en ser lugar de descubrimiento y reconocimiento del otro como persona. Si bajo la presión del Estado se vuelven maquinarias de asistencialismo privado o si, por su vinculación demasiado estrecha con las empresas, pasan a ser sus agentes velados de mera satisfacción consumista, entonces no diferirán mucho en la cosificación y despersonalización que el Estado y la economía modernas han traído al mundo. Así, las asociaciones perderían completamente su característica propia que es la de ser centros de sociabilidad y humanización sin las cuales creo que no tendrían razón de ser.

4. La gran oportunidad

Existe un tercer riesgo. En efecto, podría ocurrir que las asociaciones resistieran a las presiones que acabamos de mencionar pero al precio del aislamiento, permaneciendo cerradas en sí mismas. Me imagino, así, lo que habitualmente se llama "tercer sector," nítidamente separado del Estado y del mercado. En esta situación las asociaciones serían concebidas como un "mundo aparte" que no es influido seriamente por el Estado y el mercado, pero que tampoco ejerce ninguna influencia significativa sobre ellos. Así, bien podría ocurrir que presenciáramos el espectáculo de unas mismas personas comportándose de un modo egoísta y ferozmente competitivo en la empresa o

en el Estado, pero convirtiéndose en seres generosos al participar en las actividades de su asociación. Este divorcio tajante no tiene nada de bueno para las asociaciones. Por el contrario, parte de su esencia está en ser el fermento de toda la vida social. En otras palabras, el sentimiento de unión, de generosidad, de don libre que generan las asociaciones no puede suspenderse cuando se encaran otras actividades. Por lo tanto, si no ejercen ninguna influencia sobre el corazón de sus miembros más allá del logro de sus actividades específicas, esto quiere decir que las asociaciones no son verdaderamente tales, que el espíritu que las anima no está del todo vivo. Tal como sostiene Buber, la vida social no puede ser “fragmentada en reinos separados, uno de los cuales sería el de la “vida espiritual”. Esto significaría . . .despojar al espíritu de toda realidad. Pues el espíritu jamás actúa directamente sobre la vida por sí mismo. Actúa sobre el mundo gracias a la fuerza que tiene de penetrar y de transformar al mundo. . .El espíritu sólo está verdaderamente “en su reino propio” si puede encararse con el mundo que se abre a él. . .”⁶

En realidad, creo que la resistencia de las asociaciones de la vida civil a la invasión por el Estado y el mercado, no debe tomar la forma del aislamiento; debería realizarse con la mejor de las defensas en estos casos: el contraataque. Pero dejando de lado las metáforas bélicas que no tienen nada que ver con el espíritu de las asociaciones, considero que éstas son nuestra gran oportunidad, no sólo para crear ámbitos más allá de la política y de la economía, sino para influir sobre ellas y transformarlas en algo mejor. Una de las observaciones a mi juicio más inteligentes de Alexis de Tocqueville fue sostener que en el fondo las asociaciones no sólo dan origen a lo que hoy llamamos “vida o sociedad civil”, para diferenciarla de la vida política o económica, sino que precisamente toda la vida social, no sólo la llamada “civil”, se origina en las asociaciones. De hecho, señala agudamente el pensador francés, hay tres y no una sola clase de asociaciones: las civiles (que son las que hoy entendemos por “ter-

⁶ Buber, Martin, *op.cit.*, p.41.

cer sector”), las políticas y las económicas. Evidentemente hay diferencias importantes entre ellas. No obstante, esto no debería hacernos perder de vista que las formas de organización políticas y económicas también son asociaciones y por tanto no les debería faltar al menos el rasgo central que hemos señalado como más propio de una asociación, es decir, su dimensión de ámbito de encuentro entre personas. En otras palabras, el Estado y las empresas deberían ser también ámbitos de servicio a la persona, de verdadera “sociedad entre hombres” y no sistemas impersonales de provisión de servicios.

Las asociaciones y su espíritu están llamadas por tanto a mi criterio a influir sobre el modo en que organizamos tanto nuestra vida política como económica. Con respecto a la primera, creo que una dirigencia política surgida o influida por el espíritu de las asociaciones, pasaría por el aprendizaje de realismo y personalización que dan sus tareas concretas y su cercanía a la gente de carne y hueso, a diferencia del abstractismo y la lejanía de la gente, característicos de nuestra política. Podrían quizás aprender allí los políticos actuales y futuros, formas de relación distintas a la lógica del poder para luego ir aplicándolas al espacio más amplio de la política. Y, en relación a la vida económica, creo que las asociaciones pueden no sólo seguir reclamando frente a los abusos, producto de la ciega ambición de muchos agentes actuales del mercado, sino invitarlos a participar de sus proyectos no como “sponsors” sino en calidad de personas individuales también necesitadas de descubrir a otros y a sí mismos en un modo de relación diferente al de la lógica de los beneficios. Incluso habría que pensar en este campo en nuevas formas posibles de organización económica constituidas en base al espíritu de las asociaciones tal como se están experimentando en algunos lugares. ¿No podrían estas incursiones de las asociaciones en los espacios económicos, si se reprodujeran por millones, ir transformando la estructura insolidaria e inhumana de la economía de mercado? ¿No podrían quizás las asociaciones —como soñaba Tocqueville— reemplazar así finalmente a las antiguas comunidades precapitalistas en su efecto humanizador de la economía?

La base del poder de las formas sociales cosificantes y despersonalizantes es puramente cuantitativa. Como agrupan a gran cantidad de personas suelen pesar mucho, pero tiene una debilidad profunda: quienes las hacen funcionar no están convencidos, actúan por compulsión externa o interna o por inercia. De ahí que cuando, por alguna razón, la presión cede, la cohesión se debilita o incluso sobreviene el colapso súbito o la desintegración. Ejemplos de esto: la caída del sistema de mercado libre en 1929 o la caída del sistema comunista en 1989. Las formas sociales personales, en cambio, no se forman por presión ni por compulsión sino desde el encuentro libre. Estas formas de organización son las auténticamente sociales y también las auténticamente poderosas porque están basadas en la fuerza imbatible que da un encuentro verdadero con el otro como persona. Quien haya experimentado esto me podrá entender bien lo que trato de decir sobre la influencia potencial de las asociaciones sobre toda la sociedad. Tal como decía Tocqueville, refiriéndose a Estados Unidos, pero que es aplicable al poder transformador de las asociaciones en general:

“Tan pronto como unos cuantos habitantes de los Estados Unidos conciben un sentimiento o una idea que quieren dar a conocer al mundo, se buscan y, cuando se han encontrado, se unen. A partir de ese momento ya no son unos cuantos hombres aislados, sino un poder visible cuyas acciones sirven de ejemplo; un poder que habla y al que se escucha.”⁷

III. Conclusión: las asociaciones en la Argentina.

¿Qué papel tienen las asociaciones en la Argentina? Creo que los obstáculos al espíritu de las asociaciones como respuesta a los graves problemas de base de la vida social contemporánea son muy grandes pero también son grandes las posibilidades. En efecto, si

⁷ De Tocqueville, Alexis, *op.cit.*, p.99.

comparamos a la Argentina con otros países, especialmente los Estados Unidos, en donde desde los tiempos de Tocqueville las asociaciones no han cesado de multiplicarse, la participación de la gente en asociaciones no es muy grande. Seguramente esto se deba a causas históricas y culturales que no pretendo abordar aquí, pero que se sintetizarían en años de una predisposición a apoyarse en la estructura del Estado o de la Iglesia como actores casi únicos de cualquier tarea relacionada con la salud, la educación o la ayuda al prójimo. Por otra parte, me parece que los argentinos padecemos de la tendencia a buscar soluciones absolutas y definitivas a los problemas –que suelen no existir- o a caer, cuando no las obtenemos, en un pesimismo también absoluto. Esta tendencia se riñe directamente con la forma de organización de las asociaciones basada en buscar pequeñas soluciones pero de modo constante e insistente. También, y muy relacionado con esto, creo que padecemos el defecto del abstractismo, de la vaguedad y de la falta de dedicación a las cosas que tenemos entre manos; sentimos un cierto rechazo por la realidad concreta y aspiramos a solucionar las cosas conversando o dando directivas desde un escritorio. Creo que sin cambiar esta actitud –propia de un falso concepto de superioridad- y sin adoptar una actitud más humilde y a la vez más seria de acercamiento a las cosas –siguiendo el consejo de Ortega y Gasset- no sólo la vida de las asociaciones sino toda la vida social argentina no tiene futuro. Sin embargo, veo también en la Argentina muchísimas virtudes. La más grande es a mi criterio, la de tener un corazón todavía no tan gastado como el de muchos países mejor organizados. El potencial solidario y humano de la Argentina es – como se demostró en muchas circunstancias- muy grande. Es cierto que actuamos sin método, dando a veces “todo de una vez”, pero esto último indica que nuestra capacidad de dar, aunque a veces oculta, aún existe y es mucha. A pesar de todo lo que se dice de la “viveza” del pueblo argentino, que lo hace tan hábil para pasar por encima de los demás, me parece que aquí todavía subsisten formas de relación entre la gente de un potencial humano ya perdido en otros lugares. Por otra parte, considero que esta misma falta de organización que nos caracteriza deja a ve-

ces más esperanza para posibles cambios que lo que ocurre en muchos países donde las estructuras sociales a veces asisten materialmente a la gente pero no dejan ningún espacio para el encuentro. Por lo demás, es obvio que en la Argentina hay mucha gente con gran nivel intelectual, piedad religiosa, ingenio y habilidad para entender y resolver problemas, creatividad artística que está oculta o encerrada en una vida laboral rutinaria. Cuando encuentro gente así en mi camino, me imagino todo lo bueno que podrían darse a sí mismos y a los otros, si su vida pasara más por las formas sociales del tú.

Temas año 2001

MARZO	—	LA PALABRA DE DIOS
JUNIO	—	ILUSIÓN Y ESPERANZA
SEPTIEMBRE	—	CIENCIA FE Y METAFÍSICA
NOVIEMBRE	—	LA TRANSMISIÓN DE LA FE